

LOS MARES DEL MIEDO

Antonio Gómez Rufo

- Te parecerá increíble –me dijo-, pero al fin he descubierto que la muerte no existe. Puedo probarlo. Sígueme.

Entonces me tocó suavemente el brazo para indicarme que fuese con él y echó a andar delante de mí, sin mirar atrás, convencido de que lo seguiría por la vereda disimulada que bajaba serpenteando hasta lo más profundo del bosque, unos trechos rodeada por una gran arboleda, otros invadida por marañas de monte bajo. Avanzaba a buen paso, como si conociese el camino de memoria o lo hubiese recorrido un millón de veces.

- Ven –volvió a decir sin mirarme-. Es por aquí.

Su voz era grave, segura, sonora y limpia; sus pasos firmes y ágiles, impropios de un anciano que se acercaba ya a los sesenta años; y sus ojos, iluminados como los de un adolescente, brillaban por la humedad de la emoción, destellando. La gran luna de junio se reflejaba en su pelo blanco, largo y en desorden que le cubría la mitad posterior de la cabeza, meciéndose a causa del aire que levantaba su andar presuroso. A veces se volvía para vigilar que no tropezara y cayese, cuando lo cierto es que era yo quien temía que, en cualquier momento, su amplio hábito de médico, o de brujo, quedase enganchado en un arbusto y diese todo él con sus huesos en tierra. Entonces me miraba a los ojos fijamente y construía una mueca afirmativa, como asegurándose que no me engañaba, que esperase a verlo con mis propios ojos, que me preparase para lo que iba a mostrarme. Pero no sonreía. Cuanto iba a suceder era demasiado importante para permitirse la más leve de las sonrisas.

Recuerdo que, por primera vez en toda mi vida, lo miré con un lejano dolor de pesadumbre, de duda, de desazón: reparé en su rostro, ajado y cuarteado por la edad, y en la piel que vestía las aristas de sus pómulos, terrosa y sedienta, como el cauce reseco de un arroyo o un pergamino antiguo muchas veces leído. Mi señor don Fernando intentaba aparentar una gran serenidad, pero parecía haberse vuelto loco: corría excitado como una novicia la víspera de su ingreso en una orden de clausura. Y yo, a qué ocultarlo, no podía evitar la gran inquietud que se iba apoderando de mí.

Aunque su alma temblara, sólo permitía que la emoción se reflejase en sus ojos con la claridad de una cuña de luna en la medianoche del mar; pero a mí todo aquello me infundía un gran temor: me desasosegaba la lejanía de la ciudad, la solemnidad del silencio, la profundidad de los bosques por los que nos íbamos adentrando. La noche era clara aquella víspera de San Juan, permitiéndonos ver el camino sin dificultad, pero también era cierto que las mil sombras recortadas por árboles y matorrales dibujaban en el sendero mapas de geografías desconocidas que podían encubrir pozas en las que caer, remotes en los que resbalar o escalones de tierra en los que tropezar y rompernos la crisma.

- Vamos, sígueme –repetía a cada rato, cada vez más agitado.

- Estoy aquí, mi señor.

Había olores a pasos recientes que no parecían humanos. Una brisa de murmullos sordos rumoreaba llamadas de aves noctívagas y de otras alimañas desacostumbradas a la presencia de intrusos en los territorios donde depredaban al amparo de la oscuridad, saciando las hambres.

Sus quejidos parecían voces susurradas de disgusto y mandatos de expulsión en un bosque que estaba vivo aunque fingiese dormir y se enredase entre vegetales hasta justo el final de la vereda, allí donde se abría en un claro, un poco más abajo, al fondo.

Los dos empezamos a respirar agitadamente a causa de la velocidad que desde el principio imprimió él a la marcha, pero también por las sensaciones que se agrandaban en nuestros estómagos. Las suyas eran emocionadas; las mías, temerosas y desconfiadas. Fue entonces cuando lo miré y durante unos momentos me asaltó un pensamiento confuso, profundamente injusto, impropio referido a un hombre como él: no estaba seguro de si mi maestro había enloquecido; fue una idea que se me clavó en la frente como si una roca se hubiese desplomado sobre mí y la cargase sobre la cabeza. Desde que lo conocí siempre me pareció el hombre más cabal; el más racional, sabio, sensato y clarividente también. Pero la confesión que acababa de hacerme, la naturaleza de la afirmación sobre la inexistencia de la muerte, tan descabellada, me cosquilleó la serenidad como si por los adentros de toda mi columna vertebral se hubiese alzado un vuelo de mariposas.

- Un poco más, sólo un poco más... -parecía querer animarme, descubriendo mi inquietud-. Ya llegamos.

Allá abajo, en efecto, apenas a un centenar de pasos, terminaba la vereda y el bosque se abría en un claro extenso, hermoso, alfombrado de hierba baja, como recién cortada, y cubierto por una inmensa bóveda cuajada de estrellas y de toda clase de fulgores celestes, unos inmóviles como ojos de ciego, otros fugaces como luciérnagas o fuegos de artificio. Quise reconocer el lugar, intenté recordarlo, pero nunca había visto aquel gran prado deshabitado de árboles; o acaso fuese que si alguna vez pasé por él siempre fue a la luz del día y no había reparado en su inmensidad. Pero aquella noche, con la respiración entrecortada, los temores vivos y las sensaciones confusas, su presencia se me antojó un paraje inquietante y a la vez gozoso, un paraíso ignoto, sin descubrir. Y la visión de su armoniosa placidez me devolvió una parte de la serenidad que había perdido.

Los últimos pasos los anduve despacio, sobrecogido, deteniéndome a contemplar las luces celestes y a considerar la extensión de aquel remanso perdido. El contorno de los árboles recortaba la penumbra, dividiendo los cielos de la tierra, marcando la frontera que avisaba del peligro a quien se atreviese a abandonarlo y adentrarse de nuevo en la oscuridad sigilosa del bosque que crecía un poco más allá. La luna se ladeaba cercana, hacia el sureste, iluminándolo todo; y dando sombra a la figura imponente de don Fernando, que no puso fin a su carrera hasta que se adelantó por lo menos quince pasos en el espacio desarbolado, como si necesitara tomar posesión de unas tierras recién descubiertas.

- Aquí es -dijo atrapando una bocanada de aire para recuperar el resuello y poniéndose las manos en las caderas-. Ya hemos llegado. Acércate.

- Creo que nunca había visto este lugar -dije, recorriendo las alturas con la mirada, inquieto aún, para cerciorarme de que aquel cielo no iba a apagarse de un momento a otro como una vela en la ventisca-. Nunca, creo...

- Nunca lo miraste -respondió, dándose la vuelta-. Es allí.

Volvió a echar a andar y esta vez caminé a su lado, oyendo la fuerza de su respiración y mirándole a hurtadillas, como si quisiera cerciorarme de que mis pensamientos carecían de fundamento, de que el maestro no había enloquecido. También olía a sudor, y a miedo. No sabía a dónde me llevaba, pero desde luego no nos dirigíamos al otro lado porque no cruzábamos en línea recta el claro del bosque sino que lo bordeábamos, dejando la luna a nuestras espaldas. Tampoco me atreví a preguntarle el destino de nuestros pasos porque el silencio era impresionante y la majestuosidad del lugar invitaba a callar. Él tampoco despegaba los labios sino para respirar cada vez menos profundamente, una vez recuperado el aliento. Sólo al cabo de un rato repitió:

- Te parecerá increíble, ya lo verás.

Y afirmó con la cabeza, mirándome sin verme, tan solo asegurándose de que no me retrasaba. Yo lo volví a mirar descaradamente, intentando ver en sus ojos una llama febril, un rasgo de demencia, siquiera una brizna de la enfermedad de la locura que me permitiera hacerle desistir del viaje para exigirle que regresásemos; pero la humedad que iluminaba sus ojos, fijos en el final de la pradera, repetía la misma expresión que había descubierto en él tantas veces cuando se extasiaba ante el vidrio de sus crisoles y tubos de ensayo en el laboratorio, o cuando sonreía satisfecho sobre la mesa de la biblioteca, rebosante de libros y cuadernos, por haber logrado llevar a buen fin alguno de sus experimentos o encontrado el modo de demostrar cualquiera de sus teorías.

- ¿Por qué me miras de ese modo? –preguntó sin volver la cabeza, al darse cuenta de mi insistencia.

- Me asombra que no estéis cansado, maestro.

- ¿Cansado? –esta vez me miró sorprendido y después esbozó una sonrisa levísima-. ¿Estoy a punto de mostrarte el descubrimiento más importante desde la creación del mundo y habría de fatigarme? La muerte no existe, Alonso, te lo voy a demostrar.

- Señor don Fernando... –supliqué, pero no pareció oírme.

- No –dijo para sí-. No tiene razón de ser el miedo que le tenemos ni todos los miedos que, por su causa, hacen del hombre un ser infeliz. No hay razón...

- Mire vuesa merced que suena a cosa del demonio...

- Al contrario... –respiró hondo y siguió hablando-. Mil religiones se han levantado en nombre del miedo a la muerte para dar al hombre una esperanza falsa...; y mil tiranos han utilizado el peso de esos temores para su provecho. Pero, con ser ello grave, te aseguro que aún son peores los miedos pequeños que nos atenazan y amedrentan de continuo; esos temores tan comunes... ¡Pero abre bien los ojos, mi buen Alonso, que hoy vamos a acabar con todo eso! ¿Cansado? ¿Cómo puedes asombrarte de que un día así mi corazón no me permita el cansancio? Tal vez él corra más veloz que de costumbre, pero no confundas la inquietud con la prisa. Quiero que conozcas la verdad, y cuanto antes mejor, que después ya no importará lo que pueda suceder conmigo.

- ¿Queréis decir... si acaso os llega la muerte...?

- La muerte no existe, muchacho. ¿Cómo he de decírtelo? –y sonrió satisfecho por primera vez en mucho tiempo.

Mi maestro, don Fernando Ruiz de Alcalá, murió aquella misma noche entre mis brazos. Aún recuerdo su expresión de felicidad mientras abría, cerraba o dejaba entornados los ojos, su boca esforzada, el pecho sin fuerzas para continuar respirando. Yo estaba en el suelo, de rodillas, abrazándole la cabeza que reposaba sobre mis piernas y rogándole que se recuperase y no me dejase allí, tan desasistido en aquella casa perdida en medio del bosque. Pero toda llamada de súplica resultó inútil.

Instantes antes de expirar abrió desmesuradamente los ojos, me miró a mí, después a ella, luego al cielo, dijo unas palabras en latín que no entendí y se desvaneció con la suavidad de la caída de una hoja en septiembre.

Fue larga aquella noche. Pero juro por lo más sagrado que conseguí comprender por completo el significado de la eternidad.

Como también aprendí, a fe mía, el secreto de la inmortalidad.